

Soy Andrés Matías Pinilla. Nací en Bogotá en marzo de 1988, lo que significa que soy colombiano por geografía, piscis en algunos horóscopos y un dragón de tierra en otros. Soy también Victoria Plata, una escritora fantasma que alucina con una *sanduchera* en el cielo. También soy una escalera roja y verde en algunas de las instalaciones inmersivas que construyo cuando soy artista y, a veces, soy un pañuelo azul cobalto cuando estoy dormido y sueño.

Entonces soy Matías. Andrés Matías. Y también soy una *escalera*. Pero a veces, cuando escribo, soy también Victoria. Matías Victoria. O Matías y Victoria. Juntas. Revueltas. Juntas y revueltas. Claro que cuando duermo y estoy soñando, me hago un pañuelo de color azul que refleja las cosas, así como lo hacen los espejos de agua.

Matías (o Andrés Matías) y Victoria, son dos autoficciones. Dos ficciones más. No las únicas. Las más habituales. Las suelo sacar imprevisiblemente de un armario imaginario portable según se pongan las luces.

Como Victoria, soy hábil escapando, aunque pésima escondiéndome. Exhumo la ansiedad de mi cuerpo y me entrego entusiasmada al placer de no tener que asumir una ciudadanía, una raza, un género, una especie, un credo o cartones, y mucho menos, libretos ridículos qué interpretar para jugar en las plazas del mundo mayúsculo. Hablo la palabra escrita únicamente. No tengo cuerdas vocales, por decisión ¡Pero ojo! Mi voto de silencio corresponde tan solo a la palabra hablada en voz alta. Siendo Victoria, existo *en* —y *con*— la escritura. Escudriño en otras lenguas que no son tan o nada más, procurando hallar palabras o conceptos que tengan la potencia poética para imaginar y concebir mundos *otros*. Hacer existir micro-mundos refugio que puedan estar muy lejos de los que hasta ahora conozco.

Como «Andrés Matías artista contemporáneo» no tengo un tema. Los bailo todos.

Hago obras budín, obras sombrero, obras galácticas, *arte termal*. También hago obras nada, obras todo, obras fiesta, obras mierda. Invento cuerpos o *sin-cuerpos* que vuelan hacia abajo; que socavan y encuentran posos. Posos amplios, enormes. Posos pacíficos, atlánticos, caribe. Movedizos, fangosos y viscosos. Cálidos. De vapores excitantes y colores excitantes. Con colores fluidos y fluidos vaporosos. De contracciones agudas —a veces— y de contradicciones poco agudas —todo el tiempo—.

Ocasionalmente, me emociono e hibrido los humores de mi *yo* Matías y mi *yo* Victoria: Matías Victoria. No Matías y Victoria. Matías Victoria. Una entidad jaspeada de aspectos Matías y aspectos Victoria. Esta conjugación de dos espíritus fantásticos, logra hacer de mí una versión *sayayín* que aun no logro comprender del todo, porque, ni siquiera sé cómo se da. Hay médicos psiquiatras que dan nombres a esta particularidad desde su facultativo conocimiento y afán de diagnosis clínica como: «trastorno de personalidad múltiple» o «disforia de género» o «bipolaridad» o alguna otra cosa que haría de alguien un enfermo.

Siendo Matias Victoria hago obras mutantes, obras travestis, obras *mashup*. También hago palabras. Regurgitaciones. Palabras regurgitadas y exploro dimensiones extrañas travestidas palabra... armo, canto, escribo obras hígado, obras *mono cara colorada*, obras impacientes y obras tranquilas. De poca planificación o ninguna. De encuentros. Encuentros con amigos: amigos de la vida, amigos familia, compañeros animales y vegetales o cosas amigas; cosas que te acompañan y te dejan a veces. Que te aman de una forma complicada y también te abrazan y también te babean y también otras cosas graciosas. Que suenan los sonidos de alguna ciudad en el futuro. Huelen al aire contenido en el cuerpo luego de horas de aspirar lavanda y *porro*... lavanda y *porro* que luego son expulsados exageradamente por contracciones incontroladas torpes: risa: risa-nostalgia y risa-futuro y juego-risa.

Hay veces que yo, Matías Victoria, intercambio pensamientos con moléculas rebeldes. Con savia bruta, glucosa, alcoholes, espíritus saurópsidos, micorrizas y asteroides saturninos.

Me estoy durmiendo y sueño. Soy de alpaca, azul, huelo a minerales y hablo raro:

astramo vesto ámbulo pacam votoli,
quimino (puchulucas), támara, non tu vuti: é *micovelo*.
tino tino tino. ticu esustu támara vesto banana:
¡é *micovelo*! ¿palambachina? tino, mama tino, ¡putto!: é *micovelo*.
queranasta banana roncha patata, taca tataca... chucu...
é *micovelo*, é *micovelo*. *micovelo* paputus, *micovelo*.
é *micovelo*, catam a buri, albanines,
é *micovelo*... albanines,
é *micovelo*.

Despierto.

Pero también soy una escalera.

Como escalera, mis *piernas-brazos-muletas* que tocan el suelo y el cielo son de color rojo. Son del mismo color rojo de las lombrices disfrazadas de sangre que se mueven por entre las venas. Mis venas y las de otros.

Nací escalera porque mi madre y mis abuelas y mis tías y otras señoras así me lo hicieron sentir.

Mis peldaños son color verde menta a la luz del sol.
Color verde césped mojado cuando la luz del sol se va.
Y un color verde selva cuando las luces son artificiales.

Sigo siendo una escalera... cuando todas las imágenes, sonidos, olores y objetos del mundo parecen insuficientes. O cuando todas las imágenes, sonidos, olores y objetos del

mundo son promesas. También cuando todas las imágenes, sonidos, olores y objetos del mundo están contenidas en una *sanduchera*. La *sanduchera* más anhelada del universo. Capturada y aislada en un estante de cocina a más de un metro con ochenta de altura, privada de las aventuras imaginarias del *niño-escalera*.

Pero también fui *niña-escalera*,
y ahora: *adulte-niña-escalera*.

La historia:

¿Qué quieres ser cuando grande?

Respondo: yo quiero ser una escalera.

¡Pero ya eres una escalera!

Respondo: no, una escalera de verdad.

¿Cuáles son las escaleras de verdad?

Digo: las que unen la tierra con el cielo, son rojas y verdes y su *carne-madera* tiene pequeñas lombrices que te hacen vibrar.

¿Vibrar?

Digo sonriendo: sí, vibrar, nada más.